

La imagen de España en el 100 y 150 aniversario de la Guerra de la Independencia en el periódico *ABC**

Lara Campos Pérez

El deber de memoria hesita continuamente entre uso y abuso porque su proclamación permanece cautiva del síndrome de obsesión.

P Ricoeur

Como todas las cosas, la memoria puede ser buena o mala, memoria justa o injusta memoria, pero tratándose de historia estos adjetivos, como otros muchos, no se refieren a la historia misma, sino a sus usos sociales.

J. J. Carreras Ares

Hace ya más de dos décadas, el historiador francés P. Nora ponía de manifiesto que vivíamos en una época en la que el fervor conmemorativo había invadido todos los espacios de la vida social y política de las naciones. Un fervor que se mantiene —si no es que se ha incrementado en los últimos tiempos— con motivo de los bicentenarios de la Independencia celebrados en ambos lados del Atlántico. Además de su dimensión política, estas conmemoraciones resultan interesantes al historiador en la medida en que, como objetos historiables, pueden mostrar tanto los cambios en el discurso historiográfico como los usos políticos que en cada caso se le ha ido dando a la historia. En las páginas siguientes pretendemos realizar un análisis del discurso conmemorativo que se puso en marcha en España con motivo de la celebración de dos aniversarios redondos, el del centenario y el del sesquicentenario de su Guerra de Independen-

cia. El análisis recoge una de las visiones sobre la nación que existieron en ambos momentos, la de la derecha monárquica, expresada a través de su principal órgano de difusión, el diario *ABC*. El objetivo del trabajo es ver la forma en que fue imaginada la nación por esta ideología y, por lo tanto, cómo fue representada iconográfica y verbalmente con motivo del acontecimiento conmemorativo y, asimismo, apreciar la evolución y cambios asignados a este concepto político en ambas fechas.

Las conmemoraciones: usos políticos y sociales. Las conmemoraciones de la Guerra de la Independencia en España a lo largo del siglo XIX

Las conmemoraciones son medios fundamentales en la construcción y mantenimiento de identidades tanto individuales como colectivas. En este

Cooperación Internacional y Desarrollo, que de forma consecutiva he recibido para realizar una estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

* La investigación de la que forma parte este artículo se realiza gracias a dos becas, una de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y otra de la Agencia Española de



último caso, las conmemoraciones sirven para dar cohesión al grupo y para favorecer la relación entre las generaciones, puesto que en la conmemoración pasado, presente y futuro confluyen en un tiempo mítico y siempre repetido, en un tiempo sincrónico, que queda inserto, asimismo, en una secuencia diacrónica. La conmemoración sirve, por tanto, como uno de los principales puntos de apoyo de la memoria colectiva del grupo, una memoria que siempre queda enmarcada dentro de unos cuadros sociales determinados.¹

Pero, al mismo tiempo que la conmemoración sirve para reforzar la identidad del grupo, debido al uso político que se le ha dado, también se presenta como una circunstancia y un escenario ade-

¹ Sobre los términos “memoria colectiva” y “cuadros sociales de la memoria” remitimos a la obra ya clásica de M. Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

cuado para llevar a cabo algún tipo de resignificación en cuanto al contenido de dicha identidad, pues, teniendo en cuenta que la identidad no es algo tangible e inmutable, sino todo lo contrario (una definición siempre inconclusa y en proceso de formación), toda rememoración no puede dejar de ser, en cierto modo, una reelaboración del pasado en función de aquellos rasgos identitarios que en cada momento se convierten en esenciales para la definición del grupo.² Estos procesos de resignificación resultan mucho más apreciables cuando en la conmemoración se celebra un “aniversario redondo”, como lo son los centenarios, sesquicentenarios y bicentenarios, pues estos van a acompañados de un mayor despliegue de medios y tienen una mayor pretensión de proyección tanto en el interior del grupo como en la visión externa que se quiere mostrar de él.

Como señalaba Paul Ricoeur, la mayor parte de las conmemoraciones tienen como hecho fundador un acontecimiento traumático, en el que el grupo del “nosotros” logró la victoria sobre los “otros”.³ El aspecto traumático del hecho fundador suscita la creación de relatos heroicos cuyo objeto es apaciguar las heridas en el grupo del “nosotros” y fomentar, asimismo, la cohesión interna de dicho grupo, que generalmente resultó dañada después del conflicto. En el caso de las naciones modernas, surgidas, en la mayoría de los casos, en los albores del siglo XIX, los acontecimientos fundadores también responden a situaciones traumáticas: guerras de independencia contra la metrópoli —en las repúblicas americanas— guerras contra el invasor extranjero —como el caso de todos aquellos paí-

² Como señalaba A. Rosa, el acto de memoria es un acto voluntario, volitivo (o inducido). En palabras de este autor: “recordar es ejercer la memoria”, y recordar, asimismo, “no es revivir el pasado, sino reelaborarlo en el presente. El recuerdo tiene una naturaleza constitutiva”; A. Rosa y cols., “Imaginando historias de España en el tiempo de unas elecciones generales”, en A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. XX.

³ “Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores son esencialmente actos violentos legitimados después por un Estado de derecho precario”; P. Ricoeur, *La memoria, la historia y el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, p. 108.

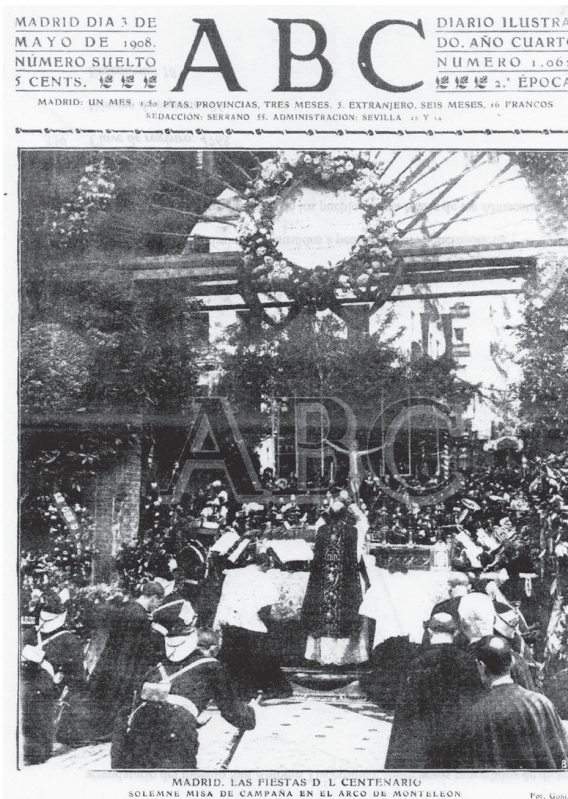
ses europeos que sufrieron la invasión napoleónica— o guerras de sublevación contra el orden establecido —como la Revolución francesa—. La memoria de esos acontecimientos sería lo que posteriormente se convertiría en objeto de conmemoración.⁴

Los primeros festejos conmemorativos surgieron de forma espontánea, en la mayoría de las naciones, muy poco tiempo después de haberse llevado a cabo el citado acontecimiento fundador y presentaron como rasgo común el hecho de que, con frecuencia, tuvieron una lectura más de carácter local que nacional,⁵ pues lo que se festejaba era un episodio concreto sin pretensiones de que éste hubiera tenido una repercusión de la que hubieran sido beneficiarios todos los integrantes de la comunidad nacional.⁶ Sin embargo, a medida que fue transcurriendo el siglo XIX y los respectivos Estados pusieron manos a la obra en la tarea de nacionalizar a sus ciudadanos, pero sobre todo a partir del surgimiento y consolidación de la sociedad de masas, el acto conmemorativo fue adquiriendo mayores dosis de dramatismo y efectismo, pues era necesario, como señalaba G. Mosse, que “el pueblo participara activamente en la mística nacional a través

⁴ Sobre la relación entre las conmemoraciones y la construcción de la identidad nacional pueden consultarse, entre otros: J. R. Gillis (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1994; A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (eds.), *op. cit.*; S. Claramunt *et al.*, *Las conmemoraciones en la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002.

⁵ En el caso de España, el levantamiento popular del 2 de Mayo en Madrid fue convertido en fiesta nacional en la temprana fecha de 1811, mientras que la conmemoración de la batalla del Bruc en Barcelona se llevó a cabo apenas un año después de haberse producido; Ch. Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional*, Madrid, Marcial Pons/CEPC, 2004, p. 12; L.F. Toledano González y M.G. Rubi i Casals, “Las Jornadas del Bruc y la construcción de memorias políticas nacionales”, en Ch. Demange, P. Géral, R. Hocquelliet, S. Michonneau y M. Salges (coords.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa Velázquez, 2007, pp. 87-110.

⁶ Este planteamiento es lógico en la medida en que todavía no existía la conciencia de pertenecer a una comunidad imaginada más amplia que era la nación. Sobre este tema sigue siendo esclarecedora la obra de B. Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 2007 [1983].



de ritos y fiestas, mitos y símbolos que dieran expresión concreta a la voluntad general”.⁷ A través de la puesta en escena de la conmemoración mediante desfiles, discursos y verbenas populares, la nación se recreaba ante la ciudadanía adquiriendo un sentido entre solemne y festivo, un sentido ritual, en cualquier caso, que le dotaría de la sacralidad y el misticismo necesario para suscitar la adhesión y la comunión cívica en el ritual de la nación recordada.⁸

⁷ G. Mosse, *La nacionalización de las masas*, Madrid, Marcial Pons, 2005, p. 16.

⁸ Utilizamos el término “recordada” en el sentido como lo definió B. Lewis: “como la memoria colectiva de una comunidad o nación. Aquello que sus gobernantes y dirigentes, sus poetas y sabios han considerado más digno de recuerdo, trátase bien de un símbolo o de una realidad”; B. Lewis, *La historia recordada, rescatada, inventada*, México, FCE, 1979, p. 21.



En España, la que unas décadas después de haber sido concluida se llamó Guerra de la Independencia (1808-1814), se convirtió, en un lapso relativamente breve de tiempo, en el mito fundador de la nación moderna.⁹ Sin embargo, su lectura y celebración nunca presentaron un carácter unívoco. Esto se debió —como, por lo demás, ocurrió en la mayor parte de las naciones que se encontraban en una situación semejante— a

⁹ Sobre la polémica y los diversos nombres que recibió este acontecimiento antes de que se popularizase la denominación “Guerra de la Independencia”, véase J. Álvarez Junco, “La invención de la Guerra de la Independencia”, en *Claves de razón práctica*, núm. 67, noviembre, 1996.

dos factores esenciales: por una parte, a las disputas ideológicas en cuanto a la apropiación del significado del acontecimiento, y, por otra, a la fragmentación del acontecimiento en sí, es decir, a la multiplicidad de episodios (en su mayoría, como se ha mencionado, de carácter local) que eran susceptibles de ser celebrados.¹⁰

Respecto a la cuestión de la interpretación ideológica, la Guerra de la Independencia fue objeto, desde sus orígenes, de una doble lectura: la de carácter liberal, surgida al hilo de la Revolución francesa y del enciclopedismo, y la conservadora, apoyada en los mecanismos de poder del Antiguo Régimen.¹¹ Para los primeros, reunidos en su mayoría en torno a las Cortes de Cádiz, parecía claro que la circunstancia bélica favorecido el final definitivo de la monarquía absoluta y que, por lo tanto, había llegado el momento de la soberanía de la nación como expresión de la voluntad general, una soberanía que quedaría recogida y protegida a través de la primera Constitución española, aprobada el 19 de marzo de 1812. La guerra de 1808-1814 se presentó a sus ojos —y a los de sus continuadores ideológicos a lo largo del siglo— como una guerra contra el enemigo extranjero, pero también y sobre todo, como una guerra contra unas ideas que eran entendidas por ellos como caducas, e incluso extranjerizantes.¹²

¹⁰ Esta doble problemática de interpretación ideológica y fragmentación estuvo presente, por ejemplo, en Francia durante las conmemoraciones de la Revolución; A. Morales Moya, “1989. Cómo se conmemoró el bicentenario de la Revolución francesa”, en S. Claramunt *et al.*, *op. cit.*, pp. 119-136.

¹¹ A medida que fue avanzando el siglo, el mapa ideológico fue haciéndose más complejo con la presencia, entre otros, de moderados y progresistas, carlistas, republicanos y ya en las últimas décadas, de socialistas. Para esta breve introducción, a pesar de lo reduccionista que pueda resultar, haremos un sucinto seguimiento de las dos grandes corrientes, el liberalismo y el conservadurismo, dejando de lado las otras interpretaciones. Un estudio particularmente interesante sobre estas corrientes ideológicas es de J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002.

¹² En 1863, Fernández de los Ríos escribía: “lo antiguo, lo nacional en España, es el sistema representativo; lo moderno, lo traducido, el absolutismo”; cit. en T. Pérez Vejo, “El liberalismo español decimonónico y el ser de España.

Esta propuesta liberal de la nación no fue aceptada por las viejas elites de poder españolas, quienes todavía seguían buscando sus apoyos en las antiguas lealtades: la religión y la dinastía monárquica. Para este sector, la guerra iniciada en 1808 tras la invasión napoleónica era, fundamentalmente, una guerra contra el enemigo extranjero y hereje, quien, movido por la envidia y la codicia, había ocupado el territorio peninsular para apoderarse de él. Por eso era necesario expulsar al invasor para recuperar la independencia y con ella las tradiciones que definían al ser español, entre ellas, de forma significativa, su espiritualidad religiosa. Los partidarios de esta propuesta católico-conservadora de la nación negaron toda legitimidad al proyecto liberal, anulando incluso la identidad ciudadana y política de aquellos que lo defendían, que fueron calificados a partir de entonces de anti-españoles.¹³

A lo largo del siglo XIX, la pugna entre estas dos ideologías por la apropiación semántica de la idea de nación y, por consiguiente, de la interpretación del sentido de la Guerra de la Independencia se mantuvo.¹⁴ Si bien durante el segundo tercio de la centuria lo que predominó dentro del discurso oficial fue el pensamiento liberal moderado, que retomaba, en parte, el planteamiento de los diputados de las Cortes de Cádiz, pero eliminaba a uno de los elementos clave: la idea de la soberanía como expresión de la “voluntad general” —pues dicha soberanía había vuelto a

ser depositada en manos del monarca, aunque ahora limitada por la elite política y las instituciones—;¹⁵ a partir de mediados de siglo, el pensamiento conservador fue incrementando su protagonismo en la vida política del país, influyendo de forma decisiva en la toma de algunas decisiones de carácter fundamental en los procesos de nacionalización, como la elaboración y aprobación de la Ley de Educación de 1857, la Ley Moyano, cuya vigencia se prolongó hasta la década de 1930.¹⁶

El sexenio revolucionario (1868-1874), con sus agitaciones, conflictos y experimentos políticos, produjo la aceleración de algunas transformaciones tanto en el papel como en la posición respecto a la nación española de liberales y conservadores. La Guerra de la Independencia, sin embargo, siguió siendo el hito fundamental que legitimaba a la nación, para unos como el momento álgido de la expresión de la voluntad popular y para otros como manifestación espontánea de las tradiciones y del espíritu católico español.¹⁷

En el último tercio del siglo, tras la restauración de la monarquía y la implantación del sistema de turno de partidos ideado por Cánovas del Castillo, el pensamiento conservador, cuyas posturas se habían radicalizado, sobre todo en lo que al papel que la religión, la unidad nacional y las tradiciones se refería, adquirió mayor protagonismo en la arena política. Un protagonismo que se vio favorecido por el temor que suscitaba la creciente modernización de la sociedad y el papel cada vez más destacado que tenía el internacionalismo obrero.¹⁸ Frente a todo ello, el conservadurismo se presentaba a sí mismo como lo auténticamente español, como la salvaguardia de las esencias patrias. Esta asimilación entre internacionalismo e ideología liberal también favoreció que se produjera una identificación

El sueño de una nación liberal y democrática”, en J. Moreno Luzón (dir.), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 83-104.

¹³ La idea del enemigo connacional, que parece surgir durante estos años, ha tenido posteriormente un uso destacado en los enfrentamientos ideológicos que han ido jalando la historia del país. Un ejemplo de su uso reiterado durante la guerra civil de 1936-1939 puede verse en X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

¹⁴ Una evolución pormenorizada de las diferentes lecturas del nacionalismo español y sus pugnas por hacerse del control de poder político a lo largo del XIX, se analiza en J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2005.

¹⁵ J. M. Portillo Valdés, “Nación”, en J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes (dirs.), *op. cit.*, pp. 468-476.

¹⁶ Sobre la influencia de esta Ley de educación dentro de los procesos de nacionalización, véase C. Boyd, *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000.

¹⁷ Ch. Demange, *op. cit.*, pp. 183-194.

¹⁸ J.P. Fusí, *El malestar de la modernidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.



29. "Indios en las fiestas de jura de México".

entre las ideas de España, catolicismo y orden, un orden social y político que favorecía a determinados sectores de la sociedad, pero que era socializado bajo la apariencia de una preocupación por la paz y el desarrollo de toda la comunidad. Los conservadores lograron capitalizar bajo esta apariencia los valores de orden y progreso, cuya relevancia fue creciente en el complicado tránsito a la modernidad y a la consolidación de una sociedad de masas.¹⁹ En estas circunstancias, la Guerra de la Independencia volvía a ser el referente de la lucha del pueblo español contra el enemigo extranjero, cuyas ideas subversivas tenían como objeto romper el alma de la nación.

Junto a esta pugna ideológica, la otra causa que dificultó que las conmemoraciones de la Guerra de la Independencia adquiriesen un significado unívoco y de carácter nacional fue, como se ha mencionado, su fragmentación geográfica. Una característica que por lo demás estuvo estrechamente vinculada con las disputas ideológicas que acabamos de mencionar, pues la elección de uno u otro episodio de la guerra favorecía, en cada caso, las interpretaciones liberales o las conservadoras. De los múltiples episodios que jalonaron el desarrollo de la guerra, dos fueron, quizás, los que mayor protagonismo político tuvieron: el levantamiento del 2 de mayo en Madrid en 1808 y los Sitios de Zaragoza de 1808 y 1809.²⁰ El primero de ellos, debido a su carácter popular, fue rápidamente capitalizado por el pensamiento liberal que veía en este acontecimiento la materialización de su anhelada idea de la voluntad ciudadana; mientras que el segundo, que tuvo lugar en la ciudad donde se encuentra una de las advocaciones marianas con mayor popularidad religiosa y con mayor simbolismo polí-

tico, la Virgen del Pilar, no tardó en recibir una interpretación conservadora, pues se atribuía el éxito final de la contienda a la intervención de la citada Virgen.²¹ A pesar de las afinidades que cada ideología encontró en uno u otro mito, sin embargo, ninguno de los dos episodios quedó encasillado a una única lectura, pues su fuerte arraigo en la sociedad dio lugar a que se realizaran múltiples interpretaciones, válidas para los intereses políticos más diversos.

Esta fragmentación geográfica quedó, sin duda, reforzada por el hecho de que ninguno de los acontecimientos conmemorados tuviera un carácter nacional, sino que los festejos se ciñeron siempre al ámbito local. Esto dio lugar a que no hubiera la pretensión de crear un discurso homogéneo y unívoco de la conmemoración para todo el territorio nacional, sino discursos locales que satisficieran los intereses de las elites que se encargaron en cada ciudad o región de organizar los festejos. El acontecimiento fundador de la nación española tenía, pues, no sólo muchas interpretaciones ideológicas, sino también muchos escenarios posibles.

La memoria de la Guerra de la Independencia en la derecha española en dos momentos: 1908 y 1958

Como hemos señalado hasta ahora, el pensamiento conservador, que había adquirido mayor protagonismo en la vida política nacional desde el último tercio del siglo XIX, había convertido la Guerra de la Independencia en algo similar a una guerra de religión, en la que el objetivo fundamental había sido mantener la unidad católica de la nación, eliminando toda referencia a la idea de soberanía popular. Aunque las con-

¹⁹ Algunos trabajos interesantes sobre este tema se encuentran en E. Acton y I. Saz (eds.), *La transición a la política de masas*, Valencia, PUV, 2001.

²⁰ No hemos incluido la conmemoración de las Cortes de Cádiz, donde se elaboró la Constitución de 1812, porque fue un mito sistemáticamente rechazado por el pensamiento conservador, de modo que sus aniversarios fueron frecuentemente silenciados; J. Moreno Luzón, "Mitos de la España inmortal. Conmemoraciones y nacionalismo español en el siglo XX", en *Claves de razón práctica*, núm. 174, 2007, pp. 26-35.

²¹ Como señala Javier Moreno Luzón, la Virgen del Pilar, al igual que una cebolla, se había convertido ya para entonces en el centro de varias identidades superpuestas: la zaragozana, la aragonesa, la española y la hispanoamericana; J. Moreno Luzón, "Entre el progreso y la Virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia", en *Historia y política*, núm. 12, 2004, pp. 41-78.



30. "Vista de la Gran Plaza de México con parada de arrieros".

memoraciones de los Sitios de Zaragoza tenían un carácter especial por ese entrelazamiento entre el relato histórico y el relato bíblico que se acaba de mencionar, también se llevó a cabo, desde esta ideología, una resignificación de los principales episodios de la guerra, de modo que se pudiera extraer de ellos una lectura acorde con el significado que se les quería otorgar. Así, por ejemplo, el 2 de Mayo fue objeto de destacados festejos conmemorativos por parte de la derecha, pero sustrayendo del acontecimiento aquellos aspectos de los que se pudiera deducir el carácter revolucionario del levantamiento popular, que fueron sustituidos o bien por un mayor protagonismo del elemento militar, o bien por una idea de pueblo fuertemente impregnada de valores católicos. De este modo, la interpretación que se proponía ya no era tanto la de la sublevación de la ciudadanía, sino la del valor heroico de aquellos soldados e individuos que habían dado su vida por defender a la patria, a la monarquía y a la religión. El periódico *ABC*, principal órgano de expresión de la derecha católica y monárquica española, no sólo se hizo eco, sino que contribuyó a la reelaboración y difusión de estos mitos históricos a través de sus páginas. A continuación veremos cuál fue la lectura y la visión que se le dio a la memoria de la Guerra de la Independencia con motivo de la celebración del centenario y el sesquicentenario de uno de sus principales episodios: el 2 de Mayo.

El centenario

Las conmemoraciones del centenario del comienzo de la Guerra de la Independencia se desarrollaron durante los primeros años del reinado de Alfonso XIII, en el marco de un gobierno conservador presidido por Antonio Maura, dentro del ya para entonces algo desprestigiado sistema de turno de partidos.²² El acontecimiento con-

²² Una visión general del contexto político y social en el que se desarrollaron las conmemoraciones del centenario puede encontrarse en C. Seco Serrano, *La España de Alfonso XIII*, Madrid, RBA, 2002.

memorativo sirvió de pretexto para incrementar la presencia dentro de la esfera pública de los discursos sobre la nación, unos discursos que estuvieron en buena medida marcados por dos acontecimientos que habían tenido lugar en los últimos años del siglo XIX, pero cuya proyección se prolongó durante las primeras décadas del XX: el Desastre del 98 y el surgimiento político de los nacionalismos periféricos catalán y vasco.

El primero de los sucesos, la pérdida de las últimas colonias de Ultramar y la humillación militar de la armada española frente a la estadounidense, supuso un revulsivo para la clase intelectual y política de la época que se tradujo en una explosión de nacionalismo español con un amplio eco en todo el arco ideológico. El discurso de la decadencia del país, que se venía articulando desde el comienzo de la última década del siglo XIX, tuvo en la crisis finisecular su máxima expresión. Entre los intelectuales se exacerbó una conciencia crítica sobre la nación que llevó a profundas reflexiones sobre el ser de España. Pero al mismo tiempo, esta crisis de conciencia supuso un punto de inflexión, ya que a partir de entonces surgió un nuevo discurso nacionalista que tenía como punto de llegada la regeneración de la nación. Este discurso regeneracionista dio cabida en el paraguas de sus reformas a programas del más diverso signo político que tenían como denominador común la idea de que era necesario aplicar recetas de cambio radicales para sacar al país del estado de letargo y estancamiento en el que se percibía que se encontraba desde hacía tiempo.²³ Las quejas metafísicas sobre la nación expresadas por pensadores de la época tan destacados como Miguel de Unamuno debían ser traducidas en programas concretos que favorecieran el tránsito de un dolor por España a una esperanza por ella.²⁴

El segundo elemento que entró a formar parte de los debates sobre la idea de la nación española en los albores del siglo XX fue el desarrollo

²³ V. Salavert y M. Suárez Cortina (eds.), *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia y sociedad*, Valencia, PUV, 2007.

²⁴ S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 103-121.

político de los nacionalismos periféricos catalán y vasco. La formulación de estos nacionalismos entraba automáticamente en competencia con la concepción de una idea de España que, sobre todo para la derecha, se apoyaba en la premisa de la unidad nacional; una unidad que era entendida tanto ideológica como espiritualmente (las tradiciones y el catolicismo), pero también desde un punto de vista territorial. La existencia de estos nacionalismos subestatales parecía poner en cuestión tanto la integridad del territorio como la existencia misma del ente llamado España.²⁵

Con la intención de paliar estos cuestionamientos sobre la nación y de mostrar, al mismo tiempo, su nueva visión regenerada, se proyectaron buena parte de los festejos conmemorativos que tuvieron lugar a lo largo de todo el año 1908 y a lo ancho de buena parte de la geografía española. Sin embargo, la mayoría de estos festejos no recibieron respaldo económico del gobierno central, sino que fueron organizados y financiados por las elites políticas locales y regionales, por el ejército o por la iniciativa privada (tanto religiosa como laica), lo que dio lugar a que se llevaran a cabo actos de la más diversa índole y del más variado significado político. Solamente la exposición Hispano-francesa de artes e industria de Zaragoza recibió apoyo oficial, pero, incluso así, su significado político también quedó dividido entre “diversos programas nacionalistas agrupados fundamentalmente en torno al nacional-catolicismo y a un nacionalismo regeneracionista de raíces liberales”.²⁶

²⁵ Una visión general sobre el papel de los nacionalismos periféricos en el desarrollo del nacionalismo español a comienzos del siglo XX puede consultarse en las entradas: “Nacionalismo catalán”, “Nacionalismo español” y “Nacionalismo vasco”, en la obra de J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008.

²⁶ Javier Moreno Luzón señala que la escasa participación del gobierno estatal en los festejos conmemorativos estaba directamente relacionada con el mínimo interés que las elites políticas de la época mostraron en su voluntad por nacionalizar a la ciudadanía. Una reflexión sobre estos temas y una exposición sobre las implicaciones políticas y nacionalistas de la exposición Hispano-francesa de Zaragoza se puede consultar en J. Moreno Luzón, *op. cit.*, 2004, p. 43.

Los festejos oficiales del 2 de Mayo en Madrid estuvieron organizados por una Comisión creada por el alcalde conservador conde de Peñalver, que presentaba la peculiaridad, respecto a años anteriores, de estar abierta a la sociedad civil. Entre los múltiples actos planeados por esta comisión, quizás uno de los más destacados y con mayor significado político era la organización de una procesión cívica que debía estar compuesta por carros alegóricos que representarían a todas las provincias españolas.²⁷ Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los organizadores, debido a la falta de tiempo, a problemas financieros y a cierto desinterés por parte de las elites locales, en la procesión sólo participaron tres provincias históricas. Este fracaso en la procesión cívica, así como en alguno de los otros actos organizados por la comisión no impidieron que el balance general de las festividades resultara positivo desde un punto de vista simbólico. Esto se debió, sobre todo, a la conjugación de dos elementos: por una parte, a la activa implicación de la ciudadanía que colaboró tanto económica como socialmente, participando y animando inauguraciones y verbenas populares; y, por otra, a la presencia del monarca en algunas de esas actividades, lo cual “dotaba a los rituales conmemorativos de una potencia simbólica y una capacidad nacionalizadora muy notables, [pues] el mensaje llegaba a más gente, más lejos y más alto”.²⁸

La prensa, sobre todo la de izquierdas, al hilo de esa pretensión regeneracionista que se acaba de mencionar, contribuyó de manera decisiva no sólo a la transmisión, sino también a la creación de visiones específicas de la nación a partir de la conmemoración del centenario de su independencia.²⁹ El diario *ABC* estuvo en consonancia

²⁷ Según Ch. Demange, a través de este acto, la estrategia política era aunar las lealtades locales y regionales con las nacionales; Ch. Demange, *op. cit.*, p. 213. Una descripción pormenorizada de los festejos que tuvieron lugar en la capital española en esos días, se halla en pp. 210 y ss.

²⁸ J. Moreno Luzón, *op. cit.*, 2004, p. 47.

²⁹ El mismo diario *ABC* dedicaba una nota en su edición del 3 de mayo a alabar “el entusiasta patriotismo” de la prensa española que había colaborado en la conmemoración del centenario mediante la publicación de “números extraordinarios, verdaderamente notables por su confec-

con las demandas de su época y dedicó sus portadas y buena parte del contenido del periódico de los seis días siguientes a la fecha conmemorada, del 2 al 8 de mayo, a mostrar los festejos del centenario, tanto a través de trabajos de carácter historiográfico realizados en la redacción, como mediante el relato de la crónica de los festejos que tuvieron lugar en Madrid, pero también en diferentes puntos de la geografía española. Al margen de la interpretación que se le dio al acontecimiento —de la que nos ocuparemos a continuación— lo que esta abundante presencia del tema conmemorativo pone de manifiesto es la relevancia que este diario y, por consiguiente, sus lectores otorgaron a la idea de nación y su justificación histórica.

En su edición especial del día 2, *ABC* dedicó 14 de las 19 páginas que entonces tenía el periódico a la conmemoración del centenario. Su principal aportación estética a los festejos parecía encontrarse en la portada, en donde una ilustración a toda página realizada por Median Vera representaba, según anunciaba el pie, una “Alegoría del 2 de Mayo”. El dibujo, rico en detalles, estaba protagonizado por una matrona acompañada por un león rampante, un sintagma iconográfico que desde el siglo XIX había servido para representar la idea de España.³⁰ La matrona, vestida con una vaporosa túnica a la romana y tocada con una corona almenada, aparecía acompañada de una serie de atributos que definían el significado de la escena. Mientras con la mano derecha sujetaba la corona de laureles, símbolo de la victoria de la nación en la guerra, con la izquierda cargaba un grueso volumen, probablemente el libro de la Historia, abierto por la página de los sucesos que se conmemo-

rabán ese día. Pero más que estos dos atributos —que en mayor o menor medida se emplearon por la iconografía política de otras ideologías— el elemento distintivo de esta representación era el otro objeto que la matrona portaba en su mano izquierda y que además quedaba situado en el primer plano: una rama de palma como la usada en el cristianismo para simbolizar la pasión de Cristo y el martirio en general. De este modo, lo que la ilustración parecía expresar era que la victoria que había permitido la escritura de un nuevo capítulo glorioso dentro de la historia de España había sido posible gracias a la fe de unos ciudadanos que habían llegado a dar su vida por una nación —entendida ésta como salvaguardia de la tradición y de la religión— como Cristo lo había hecho muchos siglos atrás por la comunidad cristiana, siendo este sacrificio parte integrante, para el pensamiento conservador, de lo que ahora definía en gran medida el ser de España. La concepción cíclica del tiempo mítico quedaba claramente plasmada en esta representación.

Acompañando la escena principal, una serie de elementos acababan de construir el significado atribuido a la nación en esta imagen. En la parte inferior derecha se incluía el escudo de Madrid, en referencia a la actuación de los habitantes de esta ciudad en este episodio bélico, lo que permitía mostrar el ensamblaje de las identidades regionales y locales con la identidad nacional. En la parte superior, un paisaje imaginario mostraba, por un lado, el obelisco al 2 de Mayo situado en el Campo de la Lealtad y, a continuación, una escena de enfrentamientos callejeros de clara inspiración goyesca, en la que unos chisperos luchaban a cuchillo contra los soldados franceses. El repertorio simbólico de la ilustración recogía en buena medida la tradición iconográfica existente hasta entonces,³¹ pero añadiendo o sustrayendo los elementos ne-

ción y redacción y la limpieza y actualidad de sus hermosos grabados”; *ABC*, 3 de mayo de 1908, p. 11.

³⁰ Algunos trabajos sobre la construcción, uso y significado político de esta alegoría están en: J.F. Fuentes, “La idea de España en la iconografía de la derecha española”, en *Claves de razón práctica*, núm. 140, de 2002; del mismo autor: “La matrona y el león. Imágenes de una nación liberal en la España del siglo XX”, en prensa; también M-A. Orobon, “Marianne y España: la identidad nacional en la Primera República española”, en *Historia y política*, núm. 13, 2005/1.

³¹ Sobre esta cuestión pueden consultarse, entre otros: J. Gutiérrez Burón, “La fortuna de la Guerra de la Independencia en la pintura del siglo XIX”, en *Cuadernos de Arte e Iconografía*, f. II, núm. 4, 1989, pp. 346-357; C. Reyero, *La cultura conmemorativa en España: la edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, Cátedra, 1998; también



31. "Iglesia de Sto. Domingo de México".

cesarios para hacer del significado de la imagen la representación de los valores que desde este periódico se atribuían a la idea de España.

Ya en las páginas interiores de esta edición del 2 de Mayo, encontramos un amplio conjunto de textos e imágenes: relatos —algunos a caballo entre el mito, la historia y las memorias personales—, poesías, comentarios, reproducciones de cuadros y grabados, así como crónicas de los primeros actos conmemorativos que habían tenido lugar el día anterior. Entre todos ellos se puede apreciar una serie de rasgos comunes que se repetirán con mayor o menor énfasis en las ediciones de los días siguientes. Para no hacer demasiado prolija en ejemplos esta exposición, a continuación enunciaremos los temas principales relativos a la conmemoración que fueron tratados durante estas jornadas.

En primer lugar, podemos mencionar aquellos trabajos destinados a mostrar el papel destacado que jugó el ejército —encarnado por sus tres principales héroes, los artilleros Daoíz y Velarde y el teniente de infantería Jacinto Ruiz—, como guía de las acciones levantiscas iniciadas por la muchedumbre: “Velarde sostuvo un vivo diálogo con Daoíz para convencerle de la necesidad de secundar al pueblo. Daoíz sacó la espada y ordenó abrir las puertas del parque. En un momento quedó desarmada la guardia francesa y repartidas entre el pueblo las armas y las municiones”.³² En segundo lugar, otro de los temas que ocupó una posición destacada fue el pueblo, sobre el que se proyectó una visión que, como en la ilustración de la portada, lo mostraba como un aguerrido combatiente, dispuesto a un sacrificio abnegado por la patria, que en ocasiones como ésta era casi lo mismo que decir por la religión: “Concebía yo a la patria de manera muy semejante a la religión: ésta se sintetizaba en un drama cuyo principal personaje, Jesús, moría sacrificado por los desalmados enemigos; y España era también un mártir que moría fusilado

en un tremendo sacrificio”.³³ En tercer lugar, se insistió en señalar al culpable de que la invasión napoleónica llegara a producirse, una culpabilidad que para este diario recaía directamente en “los llamados intelectuales, los espíritus tenidos por fuertes [...], que se alejaban de las clases populares en vez de aconsejarlas, dirigir las o educarlas”, y que, como apuntaría unos días más tarde el presidente Maura en un discurso “mostraban inadvertida simpatía hacia el invasor”.³⁴ En cuarto lugar, se puso especial énfasis en construir una imagen de España como nación magnánima, capaz de perdonar a aquellos que la habían afrentado: “¡Bendito el noble pueblo que tuvo un Malasaña/ pero bendito el hombre; dichosa nuestra España/ que olvida los rencores y logra perdonar!”.³⁵ Y, en quinto lugar, se puede apreciar el sentido regeneracionista que algunos de los colaboradores del diario confrieron al centenario: “¡Ojalá sirva la conmemoración de lo ocurrido hace un siglo en nuestra Patria para que una vida nueva regenere nuestro espíritu y conforme nuestro corazón [...].”³⁶ Finalmente, otro conjunto de textos, más descriptivo, estaba dedicado a la enumeración de actos oficiales ocurridos en Madrid y en Zaragoza y, de forma más esquemática, en algunas otras provincias y ciudades españolas.

Para su edición del día 3, *ABC* decidió dedicar por completo su primera página a lo que consideraba el principal bastión de la nación, la religión, y para ello reprodujo en su portada una fotografía de la “Solemne misa de campaña en el arco de Monteleón”. La instantánea mostraba exactamente el momento de la eucaristía, el

³³ J. M. Salaverría, “El fusilamiento de la Moncloa”, en *ABC*, de mayo de 1908, p. 17.

³⁴ A. Palomero: “Glorioso centenario”, en *ABC*, 2 de mayo de 1908, p. 7, y transcripción del discurso de A. Maura en el acto de colocación de la primera piedra del monumento a Daoíz en Segovia, en *ABC*, 7 de mayo de 1908, p. 8.

³⁵ J. Jackson Veyan, “Coplas del martes. Himno de paz”, en *ABC*, 5 de mayo de 1908, p. 4.

³⁶ Doctor Fausto: “La madre y el niño”, sección que el diario dedicaba los lunes a la mujer. Con motivo del centenario, la sección se centra en esta ocasión en recrear la vida cotidiana del hogar en torno a 1808; *ABC*, 4 de mayo de 1908, p. 14.

el capítulo “El Dos de Mayo en la iconografía”, en Ch. Demange, *op. cit.*, pp. 101-127.

³² “La defensa del parque de Artillería”, en *ABC*, 2 de mayo de 1908, p. 3.

momento de la comunión mística con Dios que, en este caso, parecía significar también el de la comunión con la nación, pues el espacio urbano donde tenía lugar la misa, el arco de Monteleón —que era el único resto arquitectónico que quedaba del famoso parque de artillería que había sido asaltado por el pueblo madrileño en su defensa contra el invasor francés— se había convertido desde décadas atrás en un auténtico lugar de memoria de la nación española.³⁷ A esta doble significación religiosa y nacional se unía un elemento más, el militar, pues la misa que se celebraba era de campaña y a ella debían asistir los soldados que eran, a su vez, el garante de la nación y de su unidad. En las páginas interiores de este número se dedicaban varios textos e imágenes a relatar la procesión cívica que había tenido lugar en las calles principales de Madrid y a dar cuenta de la inauguración oficial de la estatua al teniente Ruiz que el Cuerpo de Infantería había mandado erigir.

Si la portada del día 3 estuvo dedicada a la religión, las de los siguientes cuatro días tenían como protagonista el otro elemento constitutivo de la ideología de este diario: la monarquía. Aprovechando la buena disposición del rey Alfonso XIII en participar de forma activa en los actos planeados con motivo del centenario, *ABC* se recreó mostrándolo en las diversas inauguraciones en las que tomó parte, siempre acompañado de una multitud enfervorizada y generalmente en escenario emblemáticos para la memoria nacional. De este modo, quedaban simbólicamente reforzados los lazos entre monarquía y nación y entre monarquía y pueblo, unos lazos que pretendían anclarse en los acontecimientos ocurridos un siglo atrás, un anclaje que resultaba históricamente cuestionable, pero míticamente aceptable.

El día 4, *ABC* abría con una instantánea en la que aparecía “El Príncipe de Asturias en brazos de su augusto padre besando la bandera”, acontecimiento que también había tenido lugar en el simbólico arco de Monteleón, en donde el día anterior se había celebrado un desfile infan-

til. El gesto del Rey de acercar a su hijo de un año a que besara la bandera mereció los más entusiastas comentarios en las páginas interiores del diario en donde fue calificado como “nota simpática y tiernísima”, que había emocionado y exacerbado el fervor patriótico de los asistentes, porque, como señalaba la crónica un poco más adelante, “las cosas de la patria, cuando se tratan con devoción, llegan al alma”.³⁸ La portada del día 5 estaba dedicada a la inauguración del monumento a las víctimas del 2 de Mayo, en la glorieta de San Bernardo, un espacio urbano que contaba también con significado simbólico, pues era uno de los laterales del parque de Artillería. Como se puede apreciar en la instantánea, todas las casas que rodeaban la plaza habían decorado sus balcones con bandera nacionales y desde ellos se asomaba un numeroso grupo de personas que observaban desde lo alto el acto oficial. El día 6 estuvo dedicado al descubrimiento de las lápidas conmemorativas en memoria de los héroes populares del 2 de Mayo, unas lápidas que habían sido realizadas por encargo del Círculo de Bellas Artes de Madrid. La fotografía, en este caso un plano más corto, tenía como únicos protagonistas al rey Alfonso XIII y a la propia lápida, colocada en otro de los lugares de memoria de la ciudad, las Reales Caballerizas, donde había dado inicio el levantamiento popular. Finalmente, la portada del diario del día 7 estuvo dedicada al acto de colocación de la primera piedra en el monumento a Doaíz y Velarde que iba a construirse en la castellana ciudad de Segovia. Lo destacable en esta imagen es, de nuevo, la presencia multitudinaria del pueblo en torno a la figura del rey Alfonso XIII, como protagonista indiscutible e indiscutido de los festejos del centenario,³⁹ parecía haberse convertido, para el diario *ABC*, en la encarnación más perfecta de la nación.

³⁸ *ABC*, 4 de mayo de 1908, p. 4.

³⁹ La presencia del rey en todos estos actos conmemorativos, así como su acercamiento a la ciudadanía, llegó a recibir comentarios elogiosos incluso dentro de aquellos sectores menos afines a la monarquía como los republicanos y los socialistas; Ch. Demange, *op. cit.*

³⁷ Ch. Demange, *op. cit.*, pp. 245-260.

En las ediciones de los días siguientes, los actos conmemorativos en relación con el centenario fueron ocupando paulatinamente menos espacio, reduciéndose al final a una crónica de los sucesos más sobresalientes. La fiebre conmemorativa había dado, sin embargo, la oportunidad a este diario de exponer con todo lujo de detalles cuáles eran los elementos sobre los que se apoyaba su idea de nación.

El sesquicentenario

Para 1958, la situación en España había cambiado sustancialmente de aquella que había rodeado los festejos del centenario. Desde hacía casi dos décadas, el país vivía bajo la dictadura militar que había impuesto el general Francisco Franco tras su victoria en la Guerra Civil de 1936-1939. El franquismo, caracterizado ideológicamente precisamente por carecer de una ideología definida, más allá de un nacionalcatolicismo y un nacional-militarismo de base decimonónica, se había organizado políticamente en torno al dictador, que fungía como Jefe del Estado y del Gobierno y quien se encargaba de nombrar a su Consejo de Ministros, cuyos integrantes solían proceder de aquellos grupos que se habían sumado al alzamiento militar de 1936: militares, católicos, falangistas, monárquicos, carlistas y, a partir del final de la década de 1950, también tecnócratas.⁴⁰ Aunque la situación de extrema miseria en que había quedado el país después de los tres años de guerra había comenzado a remontarse, España estaba todavía lejos, en aquel cambio de década, de estar en una situación semejante a la de buena parte de sus vecinos europeos.

⁴⁰ Para un estudio de los grupos ideológicos que conformaron los gobiernos franquistas a lo largo de toda la dictadura, véase A. de Miguel, *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los ministros del Régimen*, Madrid, Euros, 1975. Una visión general sobre el periodo se puede encontrar en J. Tusell, *La España de Franco*, Madrid, Historia 16, 1989; R. Abella, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Barcelona, Argos Vergara, 1985.

El año de la conmemoración del sesquicentenario quedó en medio de dos acontecimientos que habrían de marcar de forma clara la relevancia y el contenido otorgado a ésta: la crisis de gobierno de 1957 y la celebración, en 1959, del vigésimo aniversario de la victoria de Franco en la guerra. Respecto a la primera cuestión, es necesario señalar que la crisis de 1957 no fue una simple crisis ministerial fruto del enfrentamiento entre las fuerzas políticas que habían conformado el régimen hasta entonces, sino que supuso un replanteamiento conceptual del franquismo, que implicó un “cambio de política y no sólo un cambio de políticos”,⁴¹ un cambio que tenía como objetivo último la institucionalización del régimen. En consonancia con este nuevo planteamiento, el gabinete resultante después de la crisis incorporó a una serie de personalidades cuyas líneas de actuación política fueron rápidamente asimiladas con la tecnocracia. Los tecnócratas, que con el paso de los años fueron acaparando un mayor número de carteras ministeriales, abanderaron un proyecto político que denominaron “despolitización de la política” y que consistía en llevar a cabo una gestión eficaz del Estado, en el que debía primar el bienestar material de los ciudadanos por encima de las disputas ideológicas.⁴² Esta supuesta desideologización del régimen tuvo también una deriva en el discurso nacionalista. Si durante los primeros años de la dictadura la nación había sido empleada como uno de los principales argumentos para justificar la guerra y la existencia del régimen, a partir del comienzo de la institucionalización, el discurso nacionalista, pero sobre todo su justificación historicista, perdió el lugar preponderante que había tenido hasta entonces, que fue ocupado por un discurso sobre la na-

⁴¹ A. Soto Carmona, *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 219.

⁴² La supuesta desideologización de los tecnócratas no era, en efecto, tal, ya que se apoyaba en la asunción de los principios del régimen, e incluso en los años finales llegó a convertirse en uno de los núcleos duros de resistencia a la democracia; S. Juliá, “La sociedad”, en J.L. García Delgado, (coord.), *Franquismo. El juicio de la historia*, Madrid, Temas de hoy, pp. 69-143.



32. *Bandera con águila coronada.*

ción que se apoyaba más en valores propios de la tecnocracia, como la capacidad productiva y el crecimiento económico. La idea de la nación, aunque quizás en menor medida, seguía siendo empleada como argumento movilizador, pero ya no para combatir al enemigo, sino para alcanzar mayores cotas de progreso y desarrollo.⁴³

El otro acontecimiento que marcó el desarrollo de la conmemoración del 150 aniversario del comienzo de la Guerra de la Independencia fue la celebración del vigésimo aniversario de la instauración del Nuevo Estado proclamado el 1 de abril de 1939. Esta fecha se había convertido para el régimen en su acta fundacional, en el punto de origen de la implantación de su idea de España, que se apoyaba en ese conjunto heterogéneo de valores que aunaban nacionalcatolicismo y falangismo, todo ello supervisado por el control férreo y la omnipresencia del general Franco, cuya imagen pretendió asimilarse con la propia idea de nación.⁴⁴ Por tanto, era lógico que los esfuerzos y los presupuestos oficiales estuvieran destinados a la conmemoración de esta última fecha, que fue objeto de una ostentosa celebración que quedaría rematada con la inauguración de la megalómana obra del Valle de los Caídos.⁴⁵ Este gigantesco mausoleo, construido por presos políticos de la posguerra en

el Valle del Guadarrama, pretendía ser uno de los principales lugares de memoria del franquismo, pues fue el lugar de enterramiento de todos aquellos que habían dado su vida por la España franquista (aquí habían sido trasladados los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange). De este modo, la conmemoración del vigésimo aniversario de la instauración del Nuevo Estado y la inauguración de esta basílica servían para aunar simbólicamente dos de los elementos que se encontraban en la base de la legitimidad de origen del régimen: el nacionalismo y la religión.

Para reforzar esa legitimidad de origen del régimen, la celebración del vigésimo aniversario se utilizó también para realizar un cambio semántico en cuanto a la legitimidad de ejercicio.⁴⁶ Si hasta entonces lo que la propaganda del régimen se había encargado de exaltar había sido la victoria del “bando nacionalista” en la guerra, a partir de estos años comenzará a poner el acento en un elemento completamente opuesto: la paz. El discurso oficial transformó su retórica belicista en una retórica que se esforzó por demostrar que el logro de Franco había sido el establecimiento de la paz en el país después de tres años de cruenta guerra.⁴⁷ Así, la conmemoración de 1959 se convirtió, al mismo tiempo que en la celebración de la victoria en la guerra, en la celebración de los “veinte años de paz”. La transformación en el significado de lo conmemorado cambiaba por completo la imagen del régimen e incluso el significado de la guerra de la que había surgido, pues se eliminaba el elemento bélico como principal justificación de la dictadura y ésta pasaba a convertirse en garante de la paz. Esta conmemoración resultaba, por tanto, para Franco y su

⁴³ Sobre la merma en el discurso nacionalista a partir de la institucionalización del régimen, véase I. Saz, “Las Españas del franquismo: ascenso y declive del discurso de nación”, en C. Forcadell, I. Saz y P. Salomón (eds.), *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV, 2009; sobre el cambio en el contenido del concepto de nación a partir de la entrada de los tecnócratas en la arena política: L. Campos Pérez, “De la nación espiritual a la nación productiva. Tecnocracia y catolicismo en el discurso oficial sobre la historia y la nación española durante los años 60” (pendiente de publicación en la revista *Saitabi*); se da una visión general de la ideología nacional-católica durante el franquismo en A. Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992.

⁴⁴ Hay un estudio sobre la evolución y el significado de la imagen del dictador en V. Sánchez-Biosca (coord.), “Materiales para una iconografía de Francisco Franco”, en *Archivos de la Filmoteca*, núms. 42-43, 2002/2003.

⁴⁵ Se proporciona un análisis sobre esta cuestión y sobre su construcción filmográfica en R.R. Tranche y V. Sánchez-Biosca, *NO-DO: el tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra/Filmoteca, 2001, pp. 489-520.

⁴⁶ Hay un estudio sobre las dos legitimidades —la de origen y la de ejercicio— sobre las que se apoyó la dictadura a lo largo de su existencia en P. Aguilar Fernández, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

⁴⁷ Este discurso de la “paz de Franco” alcanzará su total apogeo en 1964 en la celebración de lo que se denominó “25 años de paz”. Se proporciona un estudio sobre las transformaciones en el uso del lenguaje en la segunda mitad de la dictadura en V. Sánchez-Biosca, “Las culturas del tardofranquismo”, en I. Saz (ed.), *Crisis y descomposición del franquismo*, Madrid, Ayer/Marcial Pons, 2007.

nuevo equipo de gobierno, mucho más importante y redituable que la de un acontecimiento que había tenido lugar 150 años atrás y que, además, no podía dejar de suscitar ciertas interpretaciones de lectura liberal. Así, la Guerra de la Independencia, que había formado parte fundamental de la propaganda bélica durante los años de la contienda,⁴⁸ quedó relegada a un segundo plano y fue más objeto un estudio académico que de festejos populares.⁴⁹ Prueba clara de ello es que la única celebración que se realizó el 2 de Mayo de 1958 en Madrid fue una misa en el Campo de la Lealtad a la que asistió el alcalde de la ciudad y algunos representantes internacionales, pero ningún ministro del gobierno central.⁵⁰

Esta escasa relevancia otorgada al sesquicentenario por parte de las autoridades estatales quedó reflejada también en los medios de comunicación, unos medios que, a diferencia de cincuenta años atrás, carecían de libertad de expresión y sólo eran portavoces —cuando no propagandistas— de corrientes de pensamiento afines al régimen. El diario *ABC*, que mantenía su carácter conservador y católico, aunque había tenido que minimizar su vocación monárquica, dejó plasmado en su edición del día 2 de Mayo el poco entusiasmo con que el régimen celebró el 150 aniversario de la Guerra de la Independencia. Sin embargo, esta falta de interés en el discurso oficial no impidió que, desde sus páginas, este periódico realizara su propia contribución a la conservación de la memoria histórica de este acontecimiento, aunque la extensión y la relevancia que le otorgó al tema fue ostensiblemente menor que cincuenta años atrás.

Si en 1908 este diario había dedicado seis primeras planas a la conmemoración del centenario, en 1958 el tema del sesquicentenario sólo fue tratado en páginas interiores. Quien ocupaba la portada del día 2 de Mayo era el general

Franco, la persona que, como hemos señalado, se había convertido en eje y origen de la nueva España. La portada reproducía una fotografía en la que el general aparecía acompañado de los ministros de Gobernación y del secretario del Movimiento durante su asistencia a la clausura de los Juegos Deportivos Sindicales celebrados con motivo del día del trabajo. Ni en esta imagen ni en la crónica recogida en el interior del periódico se hacía alusión alguna a la coincidencia de la fecha de este evento con la de la conmemoración histórica. Los Juegos Deportivos Sindicales, realizados por “diez mil auténticos atletas, 10.000 jóvenes trabajadores de España, expertos en la alegría desinteresada del juego deportivo y en el fecundo manejo de las herramientas de trabajo”,⁵¹ parecían ser la mejor representación de la fortaleza y la firmeza de las bases del régimen.

La memoria de la Guerra de la Independencia quedó recogida en *ABC* en dos textos a doble página de supuesto carácter histórico: uno sobre Daoíz y Velarde escrito por J. Navarro Parra y otro de C. Caballero que llevaba por título “Un teniente, una heroína, una ciudad”. Ambos trabajos, que aparecieron acompañados de una abundante iconografía, presentaban una serie de rasgos comunes. Por una parte, los dos autores insistieron en demostrar el paralelismo histórico existente entre la Guerra de la Independencia y la Guerra Civil de 1936-1939, llegando a denominar a la primera como “Cruzada de la Independencia”.⁵² Por otra parte, se hizo la misma exaltación de la actuación del ejército y se adujeron los mismos motivos para la

⁵¹ *ABC*, 2 de mayo de 1958, p. 31.

⁵² Los propagandistas del “bando nacional” emplearon, desde el mismo comienzo de la Guerra Civil de 1936-1939, el término “cruzada” para referirse al conflicto armado que se estaba librando, pues para ellos aquella era, como lo habían sido todas las guerras de España, una guerra de religión. Como se ha mencionado, durante los años de la contienda, la Guerra de la Independencia se convirtió en una de las principales justificaciones históricas del presente y por ello con frecuencia, para hacer mayor hincapié en el paralelismo entre las dos contiendas, se llamó también “Cruzada de la Independencia”. Un ejemplo de esta denominación en 1958 se da en *ABC*, 2 de mayo de 1958, p. 15.

⁴⁸ X. M. Núñez Seixas, *op. cit.*

⁴⁹ Hay un estudio sobre el *II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*, celebrado en Zaragoza entre 1958 y 1959, en I. Peiró, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

⁵⁰ Ch. Demange, *op. cit.*, p. 277.

guerra de 1808 que los que se habían expuesto con motivo del centenario: la movilización de militares y ciudadanos se produjo para salir en defensa de su religión, “de su Rey y de su independencia”.⁵³ En esencia, los argumentos del discurso seguían siendo los mismos que los empleados cincuenta años atrás, sin embargo, esos argumentos ya no quedaban reforzados, como entonces, por la actuación de los principales personajes de la vida política, sino que remitían a un tiempo histórico que no podía competir con un presente volcado decididamente a mostrar “una España nueva, moderna”, una imagen cuyo “símbolo afortunado” sería la representación de “un pueblo que tiene fe en el trabajo y en el deporte y que sabe que todo se puede conseguir cuando se sabe ir al taller con paso gimnástico”.⁵⁴ Las alusiones a la Guerra de la Independencia en *ABC* se limitaban a esos dos textos aparecidos en la edición del 2 de Mayo. En los días siguientes no volvió a hacerse ninguna mención a la memoria del hecho que había marcado el inicio de la nación moderna española 150 años atrás.

Conclusiones

El análisis de la memoria de la Guerra de la Independencia —en cuanto acta fundacional de la nación moderna— en el pensamiento conservador español recogido en uno de sus principales órganos de expresión, el diario *ABC*, nos sugiere las siguientes tres conclusiones. En primer lugar, la idea de nación no gozó del mismo protagonismo en ambas fechas. Si en 1908 se convirtió en

el principal objeto noticiable tanto en su versión histórica (la narración de lo ocurrido en las gloriosas jornadas de mayo de 1808) como en la forma en la que esa historia se renovaba en el presente a través de la actuación política y ciudadana (mediante desfiles, inauguraciones y ceremonias religiosas); en 1958, la nación había dejado de ocupar ese lugar destacado —y más todavía su justificación histórica— que había pasado a convertirse en un relato relativamente remoto, alejado de las aspiraciones desarrollistas de quienes entonces detentaban el poder.

En segundo lugar, podemos concluir que si bien la relevancia dada a la Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones no fue siempre la misma, lo que apenas sufrió variación entre una y otra fecha fue el significado que se le asignó al acontecimiento histórico. La guerra —y por tanto la idea de nación por la que se había luchado— se apoyó en ambas fechas en los mismos tres elementos: la religión, la monarquía, el ejército y las tradiciones de un pueblo que había demostrado sobradamente su valentía, su arrojo y su fe.

En último lugar, podemos constatar que, siendo la conmemoración histórica un acto fundamentalmente político, su presencia o ausencia dependerán de en qué medida el hecho histórico recordado pueda utilizarse en el presente, con independencia de la veracidad del mismo. La comparación de la conmemoración de la Guerra de la Independencia española en dos momentos distintos nos ha permitido comprobar la elasticidad de la memoria, así como la de su opuesto complementario, el olvido, capaces de agrandarse o empequeñecerse en función de la demanda de las circunstancias.

⁵³ *Ibidem supra*.

⁵⁴ *ABC*, 2 de mayo de 1958, p. 31.



33. *Bandera Legión Real.*